

# Te doy gracias, Señor, porque me has escogido portentosamente (Sal. 138)

## Testimonio de Sor Mirella

Nuestras vidas están puestas en las manos del Señor, Él es nuestro Dueño, pero a pesar de ello nos deja libres para que elijamos nosotros mismos lo que queramos, ofreciéndonos siempre la oportunidad de compartir con Él, nuestra existencia para que adquiriera su ya que fuera de Él nada valioso podemos llevar a cabo.

Sencillamente a través de estas líneas quiero poner de manifiesto cómo sentí la vocación o mejor decir, cómo descubrí lo que Dios había puesto ya antes de formarme



en el seno de mi madre. Lo primero que quiero compartir es cómo se muestra la misericordia de Dios para con cada uno de nosotros sus hijos, en un amor sin medida. Soy la número 4 de siete hermanos. Mis padres, gracias a Dios, me inculcaron grandes valores cristianos que marcaron mi vida para siempre; también mis abuelas y de una manera especial mi bisabuela, Valentina, ellas se constituyeron en los modelos de mis años primeros. Su celo y entrega a la Santa Madre Iglesia y su amor al Santo Padre no pasaron por alto en mi vida como tampoco el amor a *la Virgen en su advocación de la Altagracia* y a San José, Patrono de nuestro pueblo; todo esto me llevó a hacer lo mismo, sin pensar que el Señor era el que todo lo iba preparando para luego manifestarme lo que

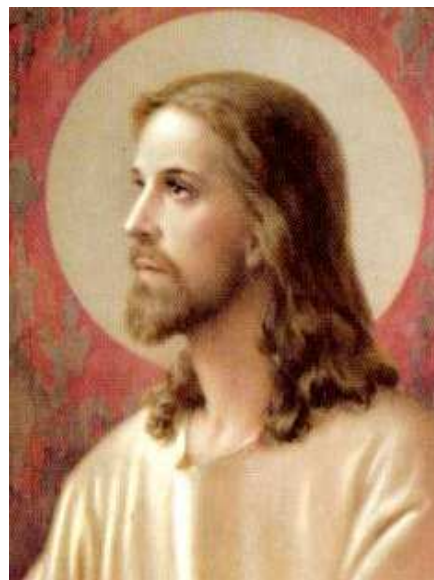
quería realmente de mí, de manera que fui creciendo en este ambiente familiar.

A los nueve años recibí la Primera Comunión, momento anhelado e inolvidable de quien ha recibido buenas primicias en el seno del hogar. Así fui creciendo dentro del seno de la Iglesia, formando parte en el grupo de catequistas auxiliares; pues, sustituía a mi madre cuando ella no podía ir a dar la catequesis a los niños. Fui miembro del grupo de jóvenes de la Parroquia, formando parte del coro, del grupo de teatro y miembro del “Camino Neocatecumenal”, etc. Como dije anteriormente, la Iglesia era mi casa. Con todo esto, nunca llegó a mi mente la idea de ser religiosa. Cuando aún era pequeña oí a mi hermana mayor decir a mi madre que quería irse al convento, esta fue una alegría muy grande para mí pues quería tener una hermana religiosa, pero luego desistió de la idea y no quiso saber nada de esto aunque seguía siendo buena cristiana. Recuerdo que

en una sala de mi casa había una imagen de la Virgen de la Altagracia y cuando pasaba delante de ella le decía: “Me gustaría ser como tú”, pero nunca me pasó por la mente ser religiosa.

Un día vinieron a mi pueblo unas aspirantes de la Congregación de las Hermanas del Corazón de Jesús y nos invitaron a una Jornada Vocacional, fue allí donde descubrí que Dios me quería para una entrega más radical y plena, y que me quería toda para Él.

Quise entrar entonces, pero debido a que sólo tenía 15 años me dijeron tenía que esperar. Así pasó el tiempo y como el Señor tiene sus caminos, Él mismo me fue llevando. Una amiga me invitó a hacer una experiencia con las Carmelitas del Monte Carmelo. Al cabo de 3 días la Superiora habló con cada una en privado; cuando llegó mi turno me preguntó que si me había gustado la experiencia, le respondí que sí, que todo había sido maravilloso, pero que creía que el Señor no me llamaba a esa vida, sino que sentía que el Señor me llamaba para cuidar enfermos y vestir de blanco. La Madre de inmediato me dijo: “**Tú quieres ser Sierva de María**” y tomando un teléfono que tenía a su lado llamó a nuestra Comunidad de Santo Domingo para decirles que había una joven con vocación para su ministerio,



claro está que yo no conocía a las Siervas de María, pero ya en mi corazón y en mi mente mi vocación era de Sierva de María. Ese mismo día cada una se fue a su respectiva familia, pero cuando yo llegué a mi casa les dije a mis padres: “Yo seré Sierva de María”. Mi madre me respondió: “Si está de Dios, rezaremos para que así sea”, y mi abuela no cabía en sí de alegría. Mi padre lo aceptó con mucha serenidad aunque no dejó de aclararme varios puntos, sobre todo porque me consideraba su mano derecha y me decía: “Cuando te vayas, no sé qué será” y yo le respondía: “Dios mandará a alguien mejor que yo”.

Dios mismo fue poniendo los medios para que yo descubriera dónde Él me quería, pues de todas las Congregaciones es Fundador; **Él tiene un plan para cada una, y lo más importante es estar disponible para lo que quiera**, cuando quiera y como quiera. Doy gracias a Dios por la vocación que me ha regalado por medio de la cual puedo llevar a cabo su designio de amor para conmigo y ser portavoz de ese amor y misericordia que tiene para con otros, especialmente con los enfermos, con cada Hermana de Comunidad y todo ser humano que encuentro en mi camino de peregrinación; al menos este es mi ideal: siendo presencia de Dios en el mundo con mi propia vida, contando con lo que soy y sobre todo contando con su amor y su gracia que se nos da gratuitamente y de manera sobreabundante.

Sor Mirella